



**La agroecología como alternativa económica al proyecto
minero estatal en el suroeste lejano**

Oriana del Sol Uribe Tamayo

Trabajo de Grado para optar al título de
Periodista

Tutor

Beatriz Elena García Nova

Magíster en Educación

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones y Filología

Periodismo

Medellín, Antioquia, Colombia

2021

Cita

(Uribe Tamayo, 2021)

Referencia

Uribe Tamayo, O. (2021). *La agroecología como alternativa económica al modelo minero estatal en el suroeste lejano* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: Jhon Jairo Arboleda Céspedes

Decano/Director: Edwin Carvajal Córdoba

Jefe departamento: Diana Milena Ramírez Hoyos

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A los campesinos del suroeste antioqueño, en sus manos está la utopía.

Tabla de contenido

1. Planteamiento del problema	8
1.1. Impacto Esperado	13
1.2. Usuarios.....	13
2. Marco conceptual	14
2.1. TÁMESIS: vocación productiva y minería.....	14
2.2. Impactos Socioambientales de la minería a cielo abierto.....	15
2.3. Agroecología.	19
3. Objetivos	21
3.1. Objetivo General	21
3.2. Objetivos Específicos	21
4. Metodología	22
4.1. Paradigma.....	22
4.2. Enfoque	22
4.3. Estrategia	23
4.4. Paso a paso	24
4.5. Técnicas para la recolección de datos	25
4.6. Resultados esperados.....	26
5. Estrategias de comunicación	27
5.1. Socialización	27

5.2. Cronograma.....	27
5.3. Presupuesto.....	28
6. Perfiles.....	29
6.1 Introducción. Agroecología: Un retorno a la raíz.....	29
6.2 La Estrella: mi casa es de bahareque, teja de barro y piso de tabla.....	33
6.3 El Mango.....	40
6.4 Santa Ana.....	45
7. Referencias bibliográficas.....	52

Lista de tablas

Tabla 1 Cronograma.....	27
Tabla 2 Presupuesto.....	28

Lista de imágenes

Imagen 1 Mapa del cinturón de oro en el suroeste antioqueño.	9
Imagen 2 Laguna Yanacoya en Cajamarca Perú, antes y después de la intervención de la minera norteamericana Newmont Mining Co.	16
Imagen 3 Avalancha en Brasil por ruptura de dique de lixiviación.	18

Resumen

El Gobierno Nacional de Colombia ha declarado la subregión del suroeste antioqueño como zona de interés estratégico para la producción minera, dándole prevalencia a esta actividad productiva sobre otros renglones de la economía de la zona. En el suroeste lejano, el 90% del territorio está solicitado en concesión por empresas mineras, sin embargo, la economía local ha estado sustentada históricamente en la producción agropecuaria. El proyecto extractivo estatal ha encontrado así múltiples resistencias en las comunidades campesinas que no quieren que la vocación productiva de su región sea alterada. Procesos como el Circuito Cooperativo Tienda la Ilusión anclan su discurso y práctica a la defensa del territorio y a la permanencia de las comunidades en el mismo, a través de los métodos de producción que han caracterizado las economías familiares campesinas. Este trabajo busca analizar la agroecología como estrategia de defensa territorial-ante el proyecto minero estatal en el suroeste antioqueño

Palabras clave: Suroeste antioqueño, agroecología, identidad campesina, minería, extractivismo.

1. Planteamiento del problema

Anclados a las montañas donde se miran la cordillera occidental y central se encuentran los 23 municipios del Suroeste antioqueño, en Colombia. Los paisajes del lugar presumen de altas montañas, extensos valles y bosques salvajes. Los ecosistemas subandinos, altoandinos y de páramo, propios de la zona montañosa del territorio y de la selva húmeda dan origen a numerosas fuentes de agua que corren como sangre a la arteria madre, al inmenso Cauca.

Más allá del gran río se encuentra el territorio conocido como suroeste lejano. 9 municipios: Caramanta, Valparaíso, Támesis, Jardín, Andes, Jericó, Pueblorrico, Tarso e Hispania, se aferran a las faldas del flanco Oriental de la cordillera occidental, entre los afluentes del Río Cauca y el San Juan (COA, 2015).

Los habitantes de estas tierras llegaron en el siglo XVIII. Los señores al valle, los demás a la loma. Los primeros, pertenecientes a la élite empresarial antioqueña, llegaron a las orillas de los ríos Arquía, Cauca y San Juan, a las tierras calientes y templadas. Los títulos sobre sus predios fueron otorgados mediante una política oficial de baldíos que propiciaba concesiones de tierra a cambio de la construcción de caminos. Numerosos grupos de mestizos, mulatos, indígenas y blancos pobres llegaron de la misma forma, pero a la loma, a pequeñas extensiones de tierra en pisos templados y fríos (Vélez, 202).

Las distribuciones espaciales configuraron también las vocaciones productivas del territorio, abajo los señores y sus vacas, las grandes haciendas. Arriba, los campesinos y el café, la panela y el maíz.

En el suroeste lejano conviven también 4 asentamientos de la etnia Emberá Chamí provenientes del Chocó y Risaralda. Miguel Cértiga en Támesis, Bernardino Panchí en Pueblo Rico, Marcelino Tascón en Valparaíso y Karmatarua en Jardín. A estas tierras vinieron por tradición, la suya, de estar en constante movimiento, a donde la caza y la pesca lleven; la de los blancos, de ganar tierras y sacar gente, en nombre de la cruz y el machete (COA, 2015).

Actualmente la economía de la región se sigue basando en los eslabones tradicionales. Los terratenientes, quienes son dueños de la gran mayoría del territorio, 0,46% de la población poseen el 45% de la tierra en Caramanta, dedican sus territorios a la ganadería extensiva, los cítricos y áreas de recreo. Los pequeños productores impulsan una economía de subsistencia predominada

por el cultivo del café (COA, 2015).

En el suroeste antioqueño se encuentra ubicado el cinturón de oro de Colombia, una zona geológica identificada como una de las mayores vetas de oro del país. Ubicada en un ramal de cordillera occidental que comprende los municipios de: Zupía, Río Sucio y Marmato, en el departamento de Caldas; y Valparaíso, Jardín, Támesis, Jericó, Tarso, Pueblo Rico, Caramanta y Andes, en el suroeste antioqueño (Gutiérrez, 2017).

Imagen 1

Mapa del cinturón de oro en el suroeste antioqueño.



Nota: El Mundo (2012) [Imagen JPG] <https://www.desdeabajo.info/ediciones/item/31622-que-brille-el-oro-pero-bajo-las-montanas.html>

El Plan Nacional para el Desarrollo Minero Visión 2019, aprobado en 2006, declaró los 9 municipios del suroeste lejano como territorios de vocación minera (Castro, 2014).

Actualmente, más del 90 % del territorio se encuentra titulado y solicitado para exploración y explotación minera por numerosas empresas, principalmente de origen extranjero, como la B2 Gold, la Continental Gold, Angel Gold, I'm Gold, Solvista Gold, Tolima Gold y Anglo Gold Ashanti, la tercera productora de oro del mundo (COA, 2015).

Este proceso se enmarca en unas dinámicas globales sin las cuales no podría entenderse. A finales del 2008 el capitalismo profundizó su crisis financiera y económica, esto, junto con su afán de elevar los niveles de producción, le creó la necesidad de buscar nuevos campos de inversión y valorización del capital (Grisales, 2012). Así pues, a principios de siglo XXI, hubo una ampliación de la demanda de metales en el mundo ligada al crecimiento y expansión de la economía de potencias como China y Estados Unidos, y a la consolidación de economías emergentes como la de la nueva industrialización en Asia. Otros factores que influyeron en el fortalecimiento de la política nacional fueron el agotamiento de los recursos a nivel mundial y el posicionamiento del oro como activo refugio dada la incertidumbre en el mercado de valores (Maya, 2016).

A tono con esta dinámica global el gobierno nacional empezó a implementar las reformas políticas y normativas que le permitieran incrustarse en ella.

En los últimos 4 períodos presidenciales las políticas estatales se han enfocado en consolidar la extracción de recursos naturales no renovables como motor de la economía nacional. La política minera del país se enmarca entonces para Julio Fierro, docente de la Universidad Nacional y asesor de la Contraloría General de la República, en los postulados del Consenso de Washington: liberación del mercado, reducción del papel del Estado como ente operador y regulador de las actividades económicas, eliminación de barreras comerciales y la generación de incentivos para la inversión extranjera (Contraloría General de la Nación, 2013).

Entre el 2006 y 2010, durante el mandato de Álvaro Uribe, en los Planes de Desarrollo Nacional y Minero, el Estado renunció a ser operador minero y limitó sus funciones a facilitar y fiscalizar los proyectos mineros y a promover la inversión privada. Todo esto bajo supuestos de sostenibilidad de las empresas mineras, que, mediante su enriquecimiento, llevarían bienestar a las comunidades donde se encontrasen y contribuirían, vía impuestos y regalías, al crecimiento de la economía nacional. Los planes también establecieron las reformas y medidas necesarias para facilitar dicha sostenibilidad propiciando un ambiente de confianza inversionista (Maya, 2016).

Estas modificaciones en la política Estatal se vieron reflejadas en el aumento desmedido de los títulos mineros entregados en Colombia entre 2000 y 2010, los cuales pasaron de 105 a 1114, representando un aumento de 1089% en este periodo, así lo estima el Informe: Estado de los Recursos Naturales y del Ambiente 2010-2011. El mismo informe señala que el territorio

concesionado a 2010 equivalía a un 6% del territorio nacional y el solicitado ascendería a un 59% del mismo (Maya, 2016).

Adicionalmente, el Plan de Desarrollo Nacional 2010-2014 de Juan Manuel Santos estableció la minería como una de las cinco locomotoras que jalonarían el crecimiento económico del país y le dio prelación al sector minero energético sobre los otros. A este le fue asignado el 41% de la inversión total para las cinco locomotoras y 54% de la inversión privada considerada en el plan. El sector minero quedó ubicado entonces por encima de otros rubros asignados a la infraestructura, la vivienda y la agricultura. Preferencia sustentada en el aprovechamiento de la ventaja comparativa del país en materia de recursos minerales y en las dinámicas globales que propiciaban su extracción.

A la par de estos lineamientos políticos se adecuó el terreno legislativo para promover un ambiente de confianza inversionista. El código de minas que se encuentra vigente es la ley 685 de 2001. Este código elimina la clasificación de los tipos y escalas de la minería y deja a los pequeños, medianos y grandes explotadores de los minerales en igualdad de condiciones para competir por los títulos. Así, queda manifiesto el interés del estado de pactar con las grandes empresas privadas, pues considera que son más fáciles de controlar y aportan más al crecimiento de la nación (Maya, 2016).

El artículo 13 del código señala la minería como una actividad de utilidad pública e interés social, ya que la considera un sector fundamental para apuntalar la economía y el desarrollo de la nación. En la práctica esto se traduce en la facultad del estado de expropiar la propiedad privada de los individuos y comunidades si se encuentran en una zona de interés estratégico para la explotación minera. Esto, al margen de los usos tradicionales del suelo y de su función ambiental.

En disonancia con los planes y expectativas del Gobierno se encuentran las voces de algunos sectores académicos y campesinos que consideran que la implementación de la política extractiva en el territorio nacional no beneficia ni tiene en cuenta la gran mayoría de su población.

Para Daniel Grisales, integrante de la Revista Kavilando y politólogo de la Universidad de Antioquia, existen varios argumentos que sostienen lo anterior. El primero está relacionado con los beneficios fiscales de la minería. Según Grisales, una de las políticas estatales para atraer la

inversión privada radica en ofrecer a los inversores muchos beneficios, tales como, el no pago del IVA por importación de maquinaria que llega a las zonas francas, y los contratos de estabilidad jurídica en los que el Estado promete a las empresas no aplicarles ningún cambio que les afecte el régimen tributario. Esto, sumado a los pocos impuestos que el país recibe por el proceso de explotación: el Government Take para el sector minero es del 22%, es decir, de cada 100 pesos producidos por la industria minera, el país recibe 22.

Para Grisales También es cuestionable que las empresas mineras sean motor de desarrollo en las regiones donde se llevan a cabo sus proyectos, dado que, en Guajira y Cesar, departamentos donde se desarrolla la gran minería de carbón, el índice de necesidades básicas insatisfechas es del 56%, mientras que en los demás departamentos del país oscila en un 29%, así mismo el 33% de los habitantes de estas zonas mineras vive en condiciones de miseria frente al 21% de los demás departamentos del país.

En el suroeste han surgido también múltiples organizaciones de resistencia y defensa territorial como el COA, Cinturón Occidental Ambiental, la ASAP, Asociación Minera de Caramanta y el Colectivo Agroecológico de Támesis, ellos abogan por la prevalencia de la vocación productiva y cultural tradicional, por un territorio construido desde las comunidades. Además, advierten sobre los posibles impactos sociales y ambientales que podría dejar la minería a gran escala en el territorio. Sobre todo, reivindican su identidad campesina.

Es de pertinencia periodística indagar por el choque entre la vocación productiva, cultural y social tradicional del suroeste lejano y la que le ha adjudicado el gobierno nacional. El interés con el presente trabajo de grado no es otro que analizar las posibilidades que tienen las formas productivas tradicionales, enmarcadas en el campo de la agroecología, de erguirse como un proyecto económico alternativo al trazado por el Gobierno Nacional.

¿Cómo la agroecología se configura como estrategia de defensa territorial ante el proyecto minero en el suroeste lejano?

1.1. Impacto Esperado

Esta investigación pretende contribuir a la reflexión en torno a cómo la agroecología puede convertirse en un proyecto económico alternativo a la vocación minera adjudicada por el Gobierno Nacional en el municipio de Támesis.

1.2. Usuarios

Esta investigación está dirigida de manera directa a las comunidades campesinas del suroeste lejano y a sus procesos de organización y defensa territorial. También son usuarios directos los académicos e investigadores interesados en los conflictos socio-ambientales originados por los mega-proyectos mineros, en la identidad campesina y en la agroecología. Así como los profesores y estudiantes de periodismo que quieran tomar este trabajo como referencia e insumo para ahondar en la problemática planteada.

2. Marco conceptual

2.1. Támesis: vocación productiva y minería.

Por la pendiente Este de la Cordillera Occidental se empina el municipio de Támesis. Dos corregimientos (San Pablo y Palermo) y 37 veredas se extienden en la cuenca hidrográfica del río Cauca y en las inmediaciones de la subcuenca del río Cartama. En 2017 contaba con una población de 14.400 habitantes (Population City. s.f.), presentando un descenso significativo en relación a 1992, donde la población superaba los 20.000 (PDT, 2012). La crisis del campo, el cambio de los usos de suelo y la vocación productiva del municipio, así como la migración de personas a los centros urbanos en busca de empleo y educación explican esta disminución (Alcaldía de Támesis, 2012). Sin embargo, Támesis es el municipio del suroeste lejano con mayor índice de población rural, 65% de sus habitantes (COA, 2015).

Támesis posee una gran riqueza hídrica que proviene, principalmente, del río Cartama, sin embargo, hay otros cuatro afluentes de gran importancia para la región y sus habitantes: Los ríos Frío, San Antonio, Claro y Conde; estos nacen en la parte alta del municipio y se deslizan por las montañas hasta alcanzar el gran Cauca (Maya, 2016). Además de esto, 9.000 de sus 24.600 hectáreas se encuentran protegidas por estar dentro del Distrito de Manejo Integrado La Cuchilla Jardín- Támesis, una zona de 28.000 hectáreas que comparte con los municipios vecinos de Jericó, Caramanta, Jardín y Andes, y que alberga una de las mayores estrellas hídricas del Suroeste Antioqueño (Corantioquia, 2012. Citado por Maya, 2016).

Las actividades productivas sobre las cuales descansa la economía del territorio van desde la ganadería, el cultivo de cítricos y las fincas de recreo en la zona baja, pasando por la producción agrícola de café, cacao, plátano y demás en la zona media, y los cultivos maderables y áreas de protección en la zona alta. A la par de estas actividades se configuró la tenencia del suelo, las zonas con mayor concentración de tierra en las áreas bajas, que son las más ricas para la agricultura y las más densamente pobladas en las zonas medias, cerca de la cabecera municipal (Maya, 2016).

Si bien la minería llegó a representar un eslabón de la economía tamesina en el pasado, su actividad productiva se ha concentrado en la producción agropecuaria (Alcaldía de Támesis, 2011). A pesar de esto, y al ser declarado por el Gobierno Nacional como un municipio estratégico para la producción minera, actualmente el 90% de territorio está solicitado para exploración minera y

hay 16 títulos de explotación vigentes otorgados entre 1999 y 2012, la mayoría de estos pertenecen a los principales proyectos de extracción minera que adelantan actividades en el municipio: el proyecto Quebradona ejecutado por la empresa Anglo Gold Ashanti, con incidencia en los municipios de Jardín, Jericó, Pueblo Rico, Andes y Támesis; y el proyecto Caramanta ejecutado por la Solvista Gold en la frontera con dicho municipio. Ambos proyectos se encuentran en fase exploratoria y tienen una proyección estimada de 40 a 50 años de funcionamiento (Maya, 2016).

2.2. Impactos Socioambientales de la minería a cielo abierto

La minería a cielo abierto es el proceso de extracción de grandes cantidades de minerales que se encuentran diseminados en el suelo y el subsuelo. El proceso extractivo comienza con la solicitud de un permiso de exploración por parte de la empresa minera al gobierno nacional para identificar la concentración del mineral en la zona de influencia del proyecto. En Colombia este periodo es de 3 años, prorrogable a 8.

Este proceso es realizado a través de unas diamantinas gigantes que perforan la superficie y extraen el material rocoso que será analizado; las perforaciones, que van de los 600 a los 1500 metros, son espacios propicios para absorber los nacimientos de agua y profundizar aún más las aguas subterráneas. Experiencias mineras en Perú indican que una mina a cielo abierto gasta en una hora el agua que una familia pequeña gasta en 20 años (Emirek Multimedia, 2012).

Los niveles de acumulación del mineral indican el tipo de mina que se debe construir: socavón cuando el mineral está en veta, a cielo abierto cuando está disperso. Si la exploración da como resultado que hay suficiente mineral para hacer de la mina un negocio rentable, la empresa solicita un nuevo permiso, esta vez, para explotar el recurso, es decir, para extraer el mineral del fondo de la superficie terrestre.

Para que el proyecto sea viable se deben hallar, en el caso del oro, 0.1 gramos de mineral por tonelada de material, en consecuencia, 10 toneladas de desechos sólidos serían generadas para extraer un gramo de oro (Emirek Multimendios, 2012). Eco Oro, empresa minera que pretendía extraer oro y plata en las inmediaciones del páramo Santurban produciría en 7,3 días los desechos que genera Bogotá en un año (Contravía, 2011).

Imagen 2

Laguna Yanacoya en Cajamarca Perú, antes y después de la intervención de la minera norteamericana Newmont Mining Co.



Nota: Twit Renzo García_@RenzoDiputado (2019)

Con el título en mano las empresas mineras hacen un Estudio de Impacto Ambiental -EIA- en el que explican la forma en que van a extraer el mineral y los compromisos que adquieren con el ambiente y las comunidades cercanas al proyecto, sin embargo, pocas veces los megaproyectos mineros son consultados con las comunidades que habitan el área de influencia de los mismos:

“Después de convencer a la gente, como decía la ingeniera ambiental de I am Gold, una empresa minera con presencia en el municipio de Caramanta, en el Suroeste Antioqueño, la

empresa minera está lista para adelantar el proyecto.” ((O.S Uribe, Comunicación personal,2016). Comunicación personal)

Eco Oro, a pesar de llevar 20 años de operación y gestión del proceso Angostura, solo solicitó EIA hasta 2011, es decir que el Gobierno le otorgó Licencia Ambiental para explotar los recursos de California sin previo estudio de la viabilidad ambiental del proyecto (Semana Sostenible, 2018).

El paso a seguir consiste en talar los árboles y remover la capa vegetal de la superficie terrestre para dejar descubierto el material rocoso que contiene el mineral; este proceso trae aparejado el exterminio de las especies vegetales y animales de la zona. La capa superficial, que alberga mercurio, arsénico y otros elementos tóxicos es el primer desecho que genera el proceso minero. El material rocoso es aflojado mediante explosiones que despiden una gran cantidad de polvo cargado de partículas de hierro y mercurio, además produce una sismicidad inducida, altamente riesgosa si se tiene en cuenta que estamos en el Cinturón de Fuego del Pacífico, una zona geológicamente inestable (Emirek Multimedia, 2012). Eco Oro planeaba utilizar Anfo como explosivo en Santurban a razón de 33 toneladas por día, para remover 250.000 toneladas de tierra (Contravía 2011).

Finalmente, el oro es separado de la roca en un proceso que, además de usar grandes volúmenes de agua, 100 litros aproximadamente por segundo, utiliza cianuro y mercurio como aislantes. El terreno concedido a Eco Oro contaba con un promedio de 0,8 gramos de oro por tonelada, para extraer esa cantidad de metal serían necesarios 10000 litros de agua y 1 kilo de Cianuro (Semana Sostenible, 2018). Este proceso de lixiviación es llevado a cabo en gigantescos diques de cola, que, dada nuestra ubicación geológica, corren alto riesgo de desbordarse. El pasado 25 de enero en Brasil se rompió un dique de residuos mineros generando una avalancha que dejó, para el 1 de febrero pasado, 150 muertos y 200 desaparecidos, así lo relató Noticias Caracol en un video de esa fecha (Caracol TV, 2019).

Imagen 3

Avalancha en Brasil por ruptura de dique de lixiviación.



Nota: El Tiempo (2021) recuperado de: <https://www.eltiempo.com/mundo/latinoamerica/minera-brasilena-vale-debera-pagar-millonaria-multa-por-derrumbe-en-brumadinho-564698>

Además del impacto ambiental, la gran minería detona grandes conflictos sociales: la destrucción del tejido social y los procesos organizativos, la pérdida de la identidad cultural, la contraposición de las visiones de vida y la descomposición social.

Ghana, por ejemplo, es el octavo productor de oro del mundo, las compañías mineras extraen 100 toneladas de oro por año de su suelo, sin embargo, el 79% de la población vive con menos de dos dólares al día (Contravía, 2011).

El empleo es una de las banderas del discurso minero en el país, sin embargo, experiencias anteriores indican lo contrario, en Chile, por ejemplo, la generación de empleo propiciada por el sector minero representa el 1.4%, a pesar de que su aporte al producto interno bruto es del 45%. (Emirek Multimedia, 2012). Casos más simples indican que una mina genera 0.7 empleos y una arrocera produce 6 (Contravía, 2011). Eco Oro solo empleó 200 personas en casi 20 años de operación y gestión del proyecto Angostura (Semana Sostenible, 2018).

A esto se suman los modelos laborales implementados por las multinacionales mineras en Colombia, la Drummond, compañía petrolera, se hizo célebre por prohibir la conformación de sindicatos, retener salarios, hacer despidos injustificados y descuidar la seguridad industrial y la salud laboral de sus trabajadores.

Además de esto, la Corte del Distrito del Norte de Alabama (Estados Unidos), encontró indicios de la culpabilidad de la empresa en las ejecuciones extrajudiciales y en la violación de la libertad de asociación de sus empleados, tras el asesinato de 3 integrantes del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Minera y Energética (Sintramenergética). (CINEP, 2012, p.15). El párroco de Marmato- Caldas fue asesinado en septiembre de 2011 tras denunciar que su vida corría peligro por oponerse a un proyecto minero que se implementaría en su región (Contravía, 2011).

2.3. Agroecología.

Para Guillermo Castaño, profesor de la Universidad de los Pueblos, la agroecología es la forma en que las comunidades organizan culturalmente los territorios en los que habitan para adaptarlos a sus necesidades productivas.

Es el producto cultural de un pueblo que, conociendo los componentes de sus ecosistemas, el clima, los vegetales, los suelos, los animales, genera una serie de actividades de diagnóstico y conocimiento para seleccionar los sistemas de cultivo y crianza que puede instalar bajo esas condiciones y lograr su supervivencia (Castaño, 2017).

Castaño considera que esto, precisamente, es lo que han hecho las comunidades campesinas durante años

No se trata de preparar abonos, fundamentalmente es rescatar los saberes que se tienen sobre la naturaleza misma. La sabiduría de los campesinos es inmensa y los campesinos mismos deben recuperarla. A nosotros nos enseñaron a sentir vergüenza de ser campesinos, pero la nuestra es una cultura de sentimientos, es la cultura rural campesina, aunque el gobierno no la reconozca como tal.

El Estado colombiano, sin embargo, ha desconocido los aportes de la cultura campesina promoviendo iniciativas institucionales que han cambiado los procesos productivos tradicionales y la confianza de los campesinos en sus saberes ancestrales (Castaño, 2017). La Revolución Verde,

so pretexto de una inminente crisis alimentaria, producto del aumento de la población mundial, llegó a los países en vías de desarrollo a mediados de los 60 con el propósito de elevar al máximo el rendimiento de la producción agrícola: introdujo el tractor con arado, el uso de abonos y fertilizantes químicos, los agro-tóxicos y los monocultivos (Altieri, S.F).

Además, la eliminación gradual de las huertas por la expansión de los monocultivos asentó un fuerte golpe a la economía de subsistencia campesina (Castaño, 2017). Dora Sánchez, campesina de Támesis comenta: “Éramos campesinos productores y nos convirtieron en campesinos consumidores, en nuestras casas sobraba la comida. La comida iba de la vereda al pueblo y no al contrario, como ahora”.

Sin embargo, actualmente se consolidan en el Suroeste de Antioquia procesos agroecológicos que aseguren la permanencia en el territorio de las comunidades y la autonomía alimentaria:

La agroecología, más que una alternativa al sistema, es un retorno a las raíces, es recuperar nuestra identidad rural campesina, nuestros saberes sobre la naturaleza. Nuestros campesinos, lejos de lo que se cree, no son incultos, tienen dentro de sí una sabiduría milenaria. A la sombra de los guamos supo crecer el café, sus minerales abonaron la tierra y sus frutos dieron de comer a los hombres y mujeres del campo. ¿Para qué entonces los abonos de los señores? si matan el suelo y también la gente. La agroecología es una apuesta por los pueblos, por una cadena de producción, distribución y consumo justa, con la gente y el planeta. La agroecología es el surco de la autonomía: está listo nuestro arado.

Así lo manifiesta el Colectivo Agroecológico de Támesis en su boletín la Caraota (Caraota, 2016).

Este trabajo pretende entonces mediar entre el estudio de los impactos ambientales generados por la minería y las alternativas productivas que, desde las comunidades, buscan asegurar la permanencia en el territorio, el respeto por la naturaleza y la justicia económica.

3. Objetivos

3.1. Objetivo General

Analizar la agroecología como estrategia comunitaria para la defensa del territorio ante el proyecto minero estatal en el Suroeste antioqueño.

3.2. Objetivos Específicos

- Indagar por la producción campesina tradicional de Támesis.
- Establecer las relaciones entre algunos rasgos de la identidad campesina tamesina y las prácticas agroecológicas.

4. Metodología

4.1. Paradigma

Siendo esta una investigación con enfoque cualitativo, el paradigma desde el cual se va a abordar es el crítico.

Este paradigma se contextualiza en una práctica investigativa caracterizada por una acción-reflexión-acción, que implica que el investigador busque generar un cambio y liberación de opresiones en un determinado contexto social. La búsqueda de transformación social se basa en la participación, intervención y colaboración desde la reflexión personal crítica en la acción (Ricoy, 2006 citado por Ramos 2015).

Además de esto, esta investigación se acoge a los aspectos que Escudero caracterizó como propios del paradigma crítico: 1) hay una visión dialéctica y holística de la realidad 2) El investigador y el fenómeno de estudio son sujetos que participan activamente del cambio social y están comprometidos con éste 3) La investigación se da en la práctica concreta de la comunidad que es objeto de estudio, con el fin de comprender los problemas, intereses y necesidades de la misma 4) La búsqueda de la transformación de las estructuras sociales a partir de la toma de conciencia de los sujetos que son objeto de la reflexión del investigador (Escudero, 1987, citado por Ramos 2015).

Este trabajo pretende, a partir de la práctica del Circuito Cooperativo Tienda la Ilusión, reflexionar sobre los usos de la identidad rural campesina como mecanismo de defensa territorial; a su vez, pretende servir de insumo a la consolidación de los procesos agroecológicos locales como estrategia de autonomía y pervivencia de las comunidades en el territorio.

4.2. Enfoque

El enfoque metodológico desde el cual se abordará esta investigación será cualitativo, sus presupuestos epistemológicos son: la hermenéutica, pensamiento que concede especial importancia a los sujetos de estudio como entes reflexivos y da preponderancia a los significados sobre los datos y a las prácticas sobre los hechos; la fenomenología, corriente que objeta la distancia entre el objeto y el sujeto, exalta las evidencias de la vida cotidiana y analiza los fenómenos a la luz del horizonte

hermenéutico de los sujetos sociales; el interaccionismo simbólico, tendencia que aboga por la comprensión de la conducta humana a partir de los significados que los individuos le dan a la realidad (Monje, 2011).

Esta investigación se propone recoger las evidencias para su desarrollo a partir de las vivencias de los campesinos de Támesis, su interés, como el de la investigación cualitativa, es el de captar la realidad social a través de los ojos de la gente que está siendo estudiada, a partir de la percepción que tiene el sujeto de su propio contexto. (Bonilla y Rodríguez, 1997, citado por Monje, 2011).

En este orden de ideas, el presente trabajo pretende ahondar en los significados que para los campesinos de Támesis tienen categorías como la Identidad Rural Campesina y la Agroecología. Observando y participando de su realidad concreta se proyecta desarrollar un trabajo periodístico que recoja los lugares comunes en el imaginario de los integrantes del Circuito y sus potenciales usos en la defensa del territorio.

La objetividad y científicidad del proyecto se lograrán: 1) llevando de la manera más completa e imparcial las notas de campo 2) mediante la triangulación teórica y de las fuentes, para comprobar la concordancia de los datos recogidos 3) con la devolución del proyecto a las personas implicadas para su corroboración, pero también para que sea utilizada como insumo para conocer el territorio y articular estrategias para su defensa.

4.3. Estrategia

La Estrategia que se utilizará en la investigación en curso será la Investigación Acción Participativa (IAP). Este método se basa en los siguientes supuestos: 1) Las personas construyen su realidad 2) Las comunidades son el resultado de un desarrollo histórico y cultural específico 3) Las relaciones entabladas entre el investigador y el grupo son horizontales y dialógicas 4) Se pueden combinar herramientas cualitativas y cuantitativas en el proceso (Montero, 1994, citado por Monjes, 2011).

En esta práctica el investigador parte de la premisa de que la objetividad radica en señalar el marco valorativo desde el cual realiza su trabajo, además de esto, la investigación y la intervención son simultáneas e inseparables, se busca mediar entre teoría y praxis, construyendo

cuerpos teóricos e interpretativos que coadyuven a la transformación social, investigador e investigados son meros sujetos de cambio con un fin común (Monjes, 2011).

Así las cosas, este trabajo parte de la hipótesis de que la Locomotora Minera y la agricultura convencional son estrategias económicas impulsadas por el Gobierno para favorecer los intereses de los grupos en el poder, en detrimento de la naturaleza y la permanencia en el territorio de los campesinos de Támesis. Lo que se pretende es sumar desde la academia al fortalecimiento del proceso organizativo de la comunidad tamesina: recoger, analizar, sistematizar e interpretar los datos; elaborar conclusiones que conceptualicen, registren y analicen los posibles usos de la identidad rural campesina en la defensa del territorio.

4.4. Paso a paso

Esta investigación será desarrollada en cuatro etapas, basadas en el método planteado por Carlos Monje en su libro Metodología de la investigación cuantitativa y cualitativa de 2011:

A. Preparación: Conlleva la reflexión y problematización del tema y el diseño del proyecto mismo y de las actividades que se ejecutarán en las etapas posteriores. Actualmente en curso.

B. Trabajo de Campo: Esta etapa se realizará en dos momentos. En el primero se prepara el acceso al campo a través de un barrido de toda la información documental o testimonial que permita construir las bases para la interacción con la comunidad. En el segundo, se recogerán los datos y se observará la cotidianidad de las personas involucradas en la investigación. La suficiencia de esta etapa estará determinada por la saturación informativa.

C. Fase analítica: En esta etapa se depurará la información a través de la reducción de los datos, luego estos serán dispuestos y transformados en formatos que faciliten su comprensión e interpretación, por último, se elaborarán las conclusiones y se analizarán los resultados. En esta etapa también habrá un momento de corroboración de la información a través de la triangulación de las fuentes.

D. Fase Informativa: En esta etapa se elaborará el informe cualitativo, en formato perfiles y se procederá a la presentación y difusión de los resultados.

4.5. Técnicas para la recolección de datos

A. Entrevista no estructurada:

Aunque hay matices y escuelas, entenderemos la entrevista no estructurada o abierta en el sentido que Taylor y Bogdan definen la entrevista en profundidad. Taylor y Bogdan entienden la entrevista en profundidad como reiterados encuentros cara a cara entre el entrevistador y los informantes, dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal y como las expresan con sus propias palabras (Universidad de Jaén, S:F)

Se utilizará esta técnica en los encuentros iniciales para romper el hielo con la comunidad y ganarse su confianza a través de conversaciones amenas y fluidas. y especialmente para recoger datos de carácter amplio que permitan establecer un panorama general del estado de la problemática.

B. Entrevista estructurada:

El investigador antes de la entrevista prepara un guion temático sobre lo que quiere que se hable con el informante. -Las preguntas que se realizan son abiertas. El informante puede expresar sus opiniones, matizar sus respuestas, e incluso desviarse del guion inicial pensado por el investigador cuando se atisban temas emergentes que es preciso explorar. (Universidad de Jaén, S:F)

Lo que se pretende es obtener experiencias relevantes de la vida de los campesinos e indagar por el significado que para ellos tienen ciertos conceptos, sucesos o categorías. Transcurrirá bajo el control de la investigadora en un tono amable y coloquial.

C. Observación simple:

La observación no implica únicamente obtener datos visuales; de hecho, participan todos los sentidos. Al respecto, Patricia y Peter Adler señalan que “la observación consiste en obtener impresiones del mundo circundante por medio de todas las facultades humanas relevantes”. Esto suele requerir contacto directo con el (los) sujeto(s) aunque pueda realizarse observación remota registrando a los sujetos en fotografía, grabación sonora, o videograbación y estudiándola posteriormente (Álvarez, Camacho et al, 2016).

Esta se hará con la finalidad de comprender cómo se relacionan los integrantes del Circuito entre ellos y con la naturaleza, cuáles son sus experiencias cotidianas en relación con la agroecología y la defensa del territorio.

4.6. Resultados esperados

Esta investigación pretende culminar en la elaboración de un informe que contenga los perfiles de 3 integrantes del Circuito Cooperativo Tienda la Ilusión. Estos textos harán hincapié en los aspectos de la identidad rural campesina que funcionan como patrones culturales y que condicionan una particular forma de relación entre el campesino y el territorio. Va a contener un contexto en el que la investigadora reflexiona sobre las implicaciones que el extractivismo minero tiene sobre los procesos de soberanía del país.

5. Estrategias de comunicación

5.1. Socialización

Este trabajo será socializado y devuelto a las comunidades que posibilitaron su elaboración para difundir el imaginario colectivo recogido en él. Se proyecta realizar una plataforma web que recoja todos los insumos del proyecto para la difusión en la cabecera municipal y en la ciudad. Para la difusión en las veredas se proyecta elaborar unas cartillas didácticas que usen un lenguaje simple, al alcance de los campesinos, e incluyan estrategias como fotos, dibujos y videos para lograr tal fin. Este trabajo será difundido entre algunas de las organizaciones sociales que defienden la vida, el territorio y la autonomía dentro o fuera del suroeste antioqueño.

5.2. Cronograma

Tabla 1

Cronograma

	Mes 1	Mes 2	Mes 3	Mes 4	Mes 5	Mes 6
Revisión Documental	X X X X	X X X				
Observación y recorridos			X X X X			
Entrevistas Circuito			X X X X	X X		
Reuniones con el asesora	X	X	X		X	X
Redacción del reportaje		X X	X X		X X X X	X X X
Entrega final a la Universidad de Antioquia						X

5.3. Presupuesto

Tabla 2

Presupuesto

CONCEPTO	JUSTIFICACIÓN	PRECIO
Material fungible		
Lapiceros	Tomar nota	\$4.000
Libreta	Tomar nota	\$5.000
Tres pares de pilas alcalinas AAA	Para la grabadora	\$40.000
	Total, de material fungible	\$49.000
Trabajo de campo		
Alimentación	Tintos, comidas de los entrevistados y la investigadora cuando sea necesario.	\$300.000
Dulces o detalles	Para compartir el Circuito durante las entrevistas y encuentros.	\$150.000
Transporte	Viaje a Támesis.	\$320.000
	Total, trabajo de campo	\$770.000
Otros		
Fotocopias	Documentación.	\$30.000
	Total, otros	\$30.000
	Total, proyecto	\$849.000

6. Perfiles

6.1 Introducción. Agroecología: Un retorno a la raíz.

Llegamos a Támesis con el primer sol del día. Un viento fresco de montaña envolvía la mañana. Amplias calles de adoquines cubrían la pendiente, zócalos de colores serpenteaban por las casitas. En la finca Santa Ana batían chocolate y calentaban arepas. Nos recibieron, los brazos abiertos entre el corredor florido, el desayuno en la mesa. El colectivo agroecológico de Támesis se apresuraba a iniciar su encuentro.

Alrededor de un mándala, hecho por las mujeres de la finca con los productos típicos de la zona conocimos a nuestros compañeros. Geólogos, historiadores, ingenieros ambientales y algunos estudiantes, nos dábamos cita para conversar con los campesinos sobre la agroecología, un tema en el que ellos, son los maestros. Finalmente, entre la sala y la cocina, nos apretamos un tanto para escuchar la charla.

El profe, Guillermo Castaño, era todo sonrisa, su cuerpo bonachón y su mirada traviesa hablaban de un campesino que anduvo las letras para volver a sus ancestros. Historiador de profesión, nos contó algunas de sus experiencias en las montañas risaraldenses con las Escuelas Campesinas de Agroecología. Allí, un grupo de campesinos volvió sobre su historia para reconocer y recuperar sus saberes, construidos al calor del trabajo con la tierra y el otro.

Otros “profes” vinieron antes, sin la risa y sin el campo, eran emisarios de una modernización agrícola sin precedentes, corrían los 70. La Revolución verde fue un proceso de “tecnificación rural” que, bajo el pretexto de una inminente crisis alimentaria, producto del aumento de la población mundial, cambió para siempre la forma en que nuestros campesinos se relacionaban con la tierra.

Los desarrollos tecnológicos y militares alcanzados por Estados Unidos durante la segunda guerra mundial se quedaron sin mercado al término de la misma. Rápidamente, se dio una conversión de innovaciones bélicas a usos civiles, se fabricaron tractores a partir de la experiencia en el diseño de tanques de combate, los agrotóxicos fueron adaptados a los procesos de siembra, y la industria nuclear se utilizó para el control de plagas mediante la esterilización de ejemplares irradiados (Cecon, 2008).

En 1941, el vicepresidente de Estados Unidos se reunió con el director de la Fundación Rockefeller, Raymond Fosdick, para pensar un programa de desarrollo agrícola que, apuntado hacia Latinoamérica, tendría grandes beneficios económicos. En los siguientes ocho años, proyectos de este tipo fueron iniciados en casi todos los países del cono sur bajo los auspicios del Departamento Norteamericano de Agricultura (USDA) (Cecon, 2008).

Las montañas del suroeste no fueron la excepción. El capitalismo tenía la coartada perfecta para engranar a los campesinos en su sistema de producción mundial. La orientación fue precisa; a don Alfonso, cafetero del Suroeste antioqueño, los señores de la Federación mandaron: cambiar Pajarito por Caturro, sombríos por agrotóxicos, la plata la presta el banco.

Los campesinos dejaron de sembrar café a la sombra de guamos y demás leguminosas que abonaban la tierra como el estiércol de vaca. Las hojas del árbol caían al suelo formando una cobertura vegetal que lo protegía del sol y el agua, posteriormente, se convertían en materia orgánica. Bajo tierra, lombrices e insectos las despedaban, para que hongos y bacterias hicieran la descomposición final. De esta forma, los nutrientes liberados podían ser fijados por las plantas de café. Todos los miembros del agroecosistema cumplían una función y se ayudaban mutuamente, el paquete tecnológico reemplazó este proceso.

Ahora, los campesinos sembrarían con un paquete de semillas, abonos y pesticidas que solo la Federación vendía. Además, tendrían que hacerlo en grandes cantidades y reducir gradualmente el tamaño de sus huertas y cementeras. De ser productores, los campesinos pasaron a ser consumidores, la autonomía alimentaria proporcionada por la diversidad de cultivos quedó en el olvido.

De la vereda dejarían de bajar en una chiva colorida, atiborrada de gallinas y tomates, papas y maíz. Tímidamente llegarían al pueblo: solo café en los bultos. Y así, con total nobleza, desconfiarían de los saberes de sus abuelos y les creerían a los doctores, “es que son muy estudiados”.

Las arcas del capital mundial tenían ahora una multitud de nuevos consumidores que le permitirían reproducirse: préstamos al banco para cambiar la siembra, abonos y pesticidas que enfermarían el suelo, alimentos del suelo enfermo que enfermarían a la gente, medicinas extrañas para curarles... Atrás quedaría la abuela y el tomillo de los buenos sueños, el anamú para la tos.

La cosa no paró allí, en 2010, tras la declaración del suroeste antioqueño como zona estratégica para la producción minera, nuevos señores llegaron, camisa blanca, pantalón negro, emisarios de la mina y el progreso. 90 por ciento de las tierras para empresas extranjeras; plata, cobre y oro brotarán de la tierra, donde antaño el maíz. De nuevo, mercurio en los suelos, cianuro en el agua, una herida abierta en el corazón de la montaña. No importa, dijeron, el desarrollo no aguarda.

La empresa sudafricana Anglo Gold Ashanti, planea extraer cobre de las montañas de Támesis y Jericó a través del proyecto minero Quebradona, con título para instalarse durante 38 años (4 de construcción, 21 de operación, 3 de cierre y 10 de post-cierre).

Cada año, la mina captará del río Cauca la cantidad de agua suficiente para abastecer la población jericiana durante 416 años, a la par, se generará un hundimiento en la montaña de 72,8 Ha, un poco más grande que el barrio Laureles de Medellín. Un depósito de relaves, es decir una montaña de desechos, será ubicada en la vereda Cauca, ocupará 160,2 hectáreas (más de 4 veces el área que ocupa el Cerro Nutibara) y tendría una altura de 218 metros, similar a la piedra del peñol. En el área de influencia del proyecto, la acción combinada de la mina y el cambio climático, reducirá los mamíferos a un 75%, las aves, a un 40% y los anfibios y reptiles a un 88% (Comfama, 2020).

Esta vez, los campesinos no creyeron a los nuevos “doctores”, aprendieron a no confiar en sus “letras”. Atentos, escucharon el Profe Guille, quien, toda sonrisa, dijo otra cosa:

La agroecología lo que propone es recuperar esa sabiduría que está en los campesinos, en los pueblos originarios y en los afrodescendientes, rescatar todos esos saberes que existían y mirar cómo los volvemos a incorporar a la vida. A los pueblos nos quitaron nuestros saberes para volverlos mercancía, por ejemplo, nos quitaron el saber que la corteza del sauce cura el dolor de cabeza ¿Por qué? porque si usted tiene dolor de cabeza usted debe tomar aspirina Bayer, usted no tiene por qué ponerse a tomar corteza de un palo, nos dijeron eso. Pero resulta que la corteza del sauce tiene un componente que se llama ácido salicílico, y se llama así porque el alias del sauce es *Salix Humboldtiano*, entonces la Bayer supo eso, supo que sirve pa el dolor de cabeza, lo volvió aspirina y nos puso a tomarla y a que nos olvidáramos de la corteza del sauce. Otro ejemplo es de la Pfizer, y es el famoso jarabe

antihelmítico, la base de ese jarabe es una plantica que se llama paico, a nosotros nos purgaban con paico y nos hacían tomar aceite de ricino, ahora se llama jarabe antihelmítico de Pfizer y vale 25 mil pesos. Entonces lo que se ha hecho es quitar sabiduría, para reemplazarla por la mercancía, y dominar, colonizar. A nosotros nos colonizaron los españoles, después de la independencia, los ingleses y ahora último yo no tengo que decirles que todos ustedes toman coca-cola. Y cada una de esas colonizaciones dijo, lo que ustedes saben, no es, hasta que quedamos empeloticas, y ya empeloticas nos empezaron a vender todo lo que nosotros sabíamos hacer (Comunicación personal).

Para los integrantes del colectivo, la agroecología, el regreso pausado a la agricultura tradicional, más que una alternativa al sistema, es un retorno a sus raíces, es recuperar su identidad rural campesina, sus saberes sobre la naturaleza.

A la sombra de los guamos supo crecer el café, sus minerales abonaron la tierra, donde retoñaron frutos que dieron de comer a los hombres y mujeres del campo. ¿Para qué entonces los abonos de los señores? si matan el suelo y también a la gente ¿Para qué la mina y su falso progreso? ¿Se come la plata, se bebe el cobre?

El Colectivo Agroecológico de Támesis se sumó a otras organizaciones del suroeste antioqueño, como la Asociación Agropecuaria de Caramanta, y el Circuito Cooperativo tienda la Ilusión, que adoptaron la agroecología como estrategia principal para defender su territorio y la permanencia de las comunidades en el mismo. La suya es una apuesta por los pueblos, por una cadena de producción, distribución y consumo justa, con la gente y el planeta.

Las páginas que siguen se aproximan a las historias de 3 campesinos del suroeste antioqueño y su relación con la agroecología como estrategia de defensa territorial ante la amenaza minera. Cada historia lleva por nombre el de las fincas de sus protagonistas, pues es allí, en la chagra, donde su propuesta se hace materia.

¡Manos a la tierra!

6.2 La Estrella: mi casa es de bahareque, teja de barro y piso de tabla.

Don Alfonso tiene los ojos tristes e inquietos; la sonrisa indecisa. Las cejas pobladas como el bigote. Es alto, ligeramente encorvado, la cara y las manos surcadas por el tiempo y el trabajo. Las tierras de Caramanta surcadas por Don Alfonso, un estandarte en el corazón de la resistencia campesina, en el cielo tomado por cuenta propia.

A las 5:30 de la mañana dejamos la ciudad atrás para dirigirnos a Caramanta, en el Suroeste antioqueño. El Alto de Minas nos señala el camino. Paredes de tierra negra se elevan en el horizonte y una placa verde con letras blancas que dice La Quebra nos indica el cambio de sistema montañoso. En la Pintada, los primeros rayos de sol se cuelan en las faldas de la cordillera y los farallones irrumpen en el paisaje; tras ellos, un caballo muerto custodia la entrada a Valparaíso.

Finalmente, en la cima de la siguiente colina, se asoman la iglesia gris, los balcones grandes y las tejas de barro. Ochenta y cinco kilómetros de pura montaña encierran el escaso kilómetro que ocupa el pueblito; anteriormente llamado Sepultura por la cantidad de tumbas indígenas que se encontraron en el sitio. En las casas, los colores se amontonan en los muros de bahareque y las ventanas de madera; verdes, rojos, amarillos y naranjas contrastan con el impecable cielo.

La cabecera municipal delimita las fronteras de las actividades productivas y la propiedad sobre los suelos. Abajo del pueblo, en el semivalle: el café y la caña, los pequeños productores. Arriba, en la montaña: el ganado y la leche, la mina y el señor, al que nadie nombra.

El señor hace parte del 0,5 % de la población de Caramanta que es dueña del 40% del territorio. Su finca abarca la vereda más grande del municipio, Olíval, y junto con otros terrenos suyos en Alegrías y Barro Blanco constituyen el 30% de la región (O.S Uribe, Comunicación personal, 2016). Él fue uno de los tantos jóvenes que, en los noventa, tras la crisis del café que generó la ruina de muchos campesinos, viajó al norte del Valle del Cauca siguiendo el espejismo del narcotráfico. De allí, regresaría a su pueblo con el dinero suficiente para comprar las tierras y fincas de sus coterráneos. Actualmente es el terrateniente más grande de la región.

Mientras caminamos hacia la Asociación Agropecuaria de Caramanta, Don Alfonso comenta sobre las nubes: “Un brochazo muy bien puesto” dice. Actualmente se desempeña como tesorero de la Asociación Agropecuaria de Caramanta, ASAP; una organización de pequeños

productores con miras en la producción agroecológica, el fortalecimiento de la industria rural y la incidencia campesina en los procesos de participación ciudadana.

Don Alfonso nació en Concordia, Antioquia, el 1 de junio de 1954. Seis meses después llegó a Caramanta con sus padres. Allí creció junto a sus once hermanos en los corregimientos de Barro Blanco y el Guayabo.

En el Guayabo, como también se llamaba la finca de sus padres, María Dolores y Luis Alfonso sembraban café, uno natural, sin químicos; la agricultura convencional no se conocía. Los cafetales crecían a la sombra de guamos, frijoles y demás leguminosas que alimentaban el suelo como el estiércol de vaca. Las hojas del árbol caían al suelo formando una cobertura vegetal que lo protegía del sol y el agua, posteriormente, se convertían en materia orgánica. Bajo tierra, lombrices e insectos las despedazaban, para que hongos y bacterias hicieran la descomposición final. De esta forma, los nutrientes liberados podían ser fijados por las plantas de café. Todos los miembros del agroecosistema cumplían una función y se ayudaban mutuamente, el paquete tecnológico reemplazó este proceso.

En el Guayabo tenían aguacates, naranjos, caña, yuca, maíz, frijol y plátano. La roza, el proceso con el cual cultivaban, rendía sus frutos; los árboles de un lote eran talados, pacientemente secados y finalmente quemados. Sus cenizas daban a la tierra minerales, la hacían fértil. La tierra rozada se trabajaba tres años y luego se dejaba volver a nacer, volver a ser monte.

La suya era una típica finca del paisaje cultural cafetero que describe el profesor Guillermo Castaño Arcila:

La parcela cafetera llegó a tener hasta 17 componentes, entre ellos, el cañaduzal, la huerta de frutales alrededor de la casa, la huerta convencional donde se sembraba tomate, cebolla, cilantro, que estaba en la parte del frente, donde había una ventana directo a la cocina, por donde salían disparadas las cáscaras de papa, plátano y huevo... salían y pum, caían allá, y eso era una compostera funcionando.

Estaba también el guadal, el monte, el trapiche, en el que empezaban a recoger la caña el jueves, para el viernes moler, y el sábado sacar la panela para venderla en el pueblo. Había un potrero con la vaquita de leche para el queso. Existía el gallinero que daba huevitos todos los días. También estaba la cocherita con el cerdo, un animal que estaba

reciclando los excedentes de la alimentación cotidiana de las familias, el puerco era el encargado de acumular platica. Ahí surgió una economía semanal del plátano, el banano y el guineo, y una economía a más largo plazo de la venta de gallinas, cerdos y dos bloques de economía, que eran la cosecha y la travesía de café.

Entonces lo que llamábamos finca, tenía un montón de componentes que se entrecruzaban. Y uno de los más valiosos era la roza. La roza era donde íbamos a sembrar maíz, frijol y ahuyama, o victoria. Los tres juntitos se sembraban, eso en México se llama milpa, la única diferencia es que, en vez de ahuyama o victoria, siembran calabaza.

La roza o milpa nos la trajeron los indígenas Caribes que pasaron por México, y luego bajaron y se unieron aquí con unos señores que se llamaban los Quindus, y Quindus y Caribes formaron los Quimbayas. Entonces nos trajeron el maíz, nos trajeron el frijol y nos trajeron el manejo cultural de ambos. La milpa.

En la roza, el campesino tumbaba, hacía limpias de la vegetación que hubiese en un lote, luego, dejaba secar esa vegetación, la quemaba y la utilizaba como abono antes de sembrar. Primero sembraba el maíz, para que el frijol, “que no le gusta estar solo” se enredara en él. Por último, sembraba la auyama, para proporcionar sombras, cobertura vegetal y abono. La roza, era un componente básico para garantizar la soberanía alimentaria de la familia, se sembraba pensando en la familia (Comunicación personal).

La familia de Don Alfonso es campesina, toda la vida lo han sido y, para él, es motivo de orgullo seguirlo siendo. Don Alfonso tuvo la oportunidad de estudiar hasta segundo, no hasta quinto, como decía un amigo suyo, que hizo cuatro años en primero y uno en segundo. Doña Inés Osorio fue su primera profesora, la mejor del mundo, según él. Cuando terminó el grado primero había setenta y cinco niños en su vereda y no cabían en la escuela, construyeron otra. Allá quedó Doña Inés, excelente persona, enseñando primero; acá, un profesor recién llegado, los niños de segundo y don Alfonso.

Era difícil estudiar en el campo, no había tiempo. A mí me gustaba leer y pienso que eso me ayudó a entender muchas cosas, yo no sé nada pues, pero leer me sirvió mucho. Yo no terminé segundo, desde ahí comencé a rebelarme. Al profesor nuevo no le entendía mayor cosa, no explicaba mayor cosa; un borrador, una tiza o un jalón de orejas, que duraba lo que

medía el salón y alcanzaba para arrastrar el pupitre, bastaban. ¿Entonces? Me mantenía con rabia, esas cosas en vez de enseñarle a uno lo vuelven más rebelde.

Un día el profesor nos anunció un paseo, yo no dormí. Íbamos para San Pablo, a donde estaba llegando la carretera y en donde había una máquina gigante trabajando, yo la escuchaba roncar desde el Guayabo, ir a verla me parecía increíble. Al día siguiente arrancamos, todos con el fiambre y muy contentos. Después de caminar mucho, el profesor nos cambió los planes y nos dijo que ya no íbamos para San Pablo a ver el bulldócer. Nos pusimos muy tristes. El sol era fuerte y el nuevo destino estaba muy lejos, los niños pequeños empezaron a desmayarse de cansancio, los grandes los cargaban. Yo, le mentaba la madre al profesor a cada paso. A la mañana siguiente me echó de la escuela. Eso fue en agosto, yo estaba en segundo, tendría 8 años. Y listo, hasta ahí llegué.

Cuando nosotros estudiábamos, un día estudiábamos los muchachos y otro las muchachas. El día que descansábamos salíamos a las 6 de la mañana detrás de mi papá para el cafetal; yo me acuerdo que él me quería mucho y siempre me montaba en Andaluz, un caballo amarillo con un lucero en la frente. A mí me tocaba hacer el almuerzo de los trabajadores y picarle la caña al caballo, en el campo siempre andamos con un caballo para llevar la carga, de leña o café. Los días que estudiaba salía de la escuela a las 4, cogía a Andaluz y se lo llevaba a mi papá para que trajera la carga en la tarde. Hacía las tareas en la noche (Comunicación personal).

En la vida de Don Alfonso coinciden con fatalidad dos hechos, la muerte de su madre en el año 71 y el arribo de un nuevo modelo productivo para sembrar café. En la década del 70 empezó a implementarse una nueva caficultura basada en la Revolución Verde; esta eliminó el sombrío y la biodiversidad al transformar los cafetales en monocultivos y desnudar las quebradas. Era intensiva en productos de base química, como pesticidas, herbicidas y fungicidas, además, estaba sustentada en un modelo financiero de préstamos bancarios, desconocido hasta la fecha en las comunidades campesinas.

En los 70 vinieron los honorables señores de la Federación a decirnos que teníamos que cambiar el grano de café y la forma en la que cultivábamos. Nos convencieron a los más jóvenes. Yo tuve muchos problemas con mi papá, él no quería tumbar el café viejo, un

arábigo grande, tipo pajarito. Entonces llegamos a juntarnos 30 muchachos a pelear con los papás. Ellos nos fueron soltando de a lotecito hasta que renovamos todos los cafetales. Hoy en día yo le doy la razón a nuestros padres (Comunicación personal).

El café pajarito era un arábigo de porte alto y muy difícil de coger. La Federación llevó a las comunidades campesinas el Caturra, un café pequeño y abundante.

“Unos palitos chiquitos, tupidos como mazorcas desde el suelo” (Comunicación personal).

Con el caturra llegaron los abonos químicos, que reemplazarían los abonos naturales generados por las sombras, los pesticidas y el control de los precios. Fue una renovación cafetera de altísimos costos que las entidades bancarias supieron canalizar. El paisaje cafetero cambió totalmente. La economía local también.

Yo me fui a andar por las regiones cercanas, más o menos del 75 al 78, a coger café. Yo soñaba con ir a los Llanos Orientales y tuve la oportunidad de conocerlos. Difíciles pero hermosos. En los Llanos todo era diferente, la forma de hablar, de comer, de trabajar. Nosotros llegamos allá, no conocíamos el arroz, solamente en el plato; y vimos esas llanuras, extensiones inmensas de un pasto verde biche hermoso, nosotros decíamos: “Eh! qué pasto será ese”, le preguntamos a un señor y nos dijo: “No, eso es arroz”. (Risas.).

En la finca de ese señor empezamos a trabajar. Allá tenían un sistema especial de riego, hacían unas canaletas grandes y desviaban los caños para inundar los cultivos de arroz, el maíz y el frijol no los inundaban. Yo trabajé mucho tiempo en esa finca y luego me fui para Mesetas, allá compré una tierra por \$15.000, diez hectáreas en las que sembré plátano y café. Por allá me agarró un paludismo y me tocó devolverme para Caramanta. La finca la vendí en \$20.000 pesos, no saqué ni los pasajes para ir allá. En esos días también me casé, bueno, nos casamos. Ella se llama Luz Amanda Franco y es de Concordia. Por ese tiempo nos pusimos con mi papá a buscar una finquita y encontramos la casa en la que estamos ahora. Corría el 79. La finca queda en la vereda San Pablo, se llama la Estrella y tiene tres hectáreas, las escrituras dicen que tiene seis, pero yo no las veo (Risas). La casa mía es de bahareque, a mí no me gusta el cemento, tampoco el adobe, yo soy amante de la madera y de la tierra. Mi casa es de bahareque, teja de barro y piso de tabla.

En la finca tengo una hectárea de café, tengo 100 árboles de aguacate Has y 100 árboles

de aguacate Criollo, porque yo no quiero dejar perder la semilla de aguacate nativo. Tengo una buena zona en un bosque, ahí está, a la orilla de la quebrada, un bosque bonito; la gente dice que dejé perder la finca, pero yo ese bosque lo quiero mucho, porque en toda finca debe haber un bosque, un bosque es la fuente de la vida y la fuente de muchas cosas. Y tengo una hectárea que la he tenido siempre destinada para pasto porque uno de mis sueños era tener unas tres vacas de leche, pero como ya no hay a quien venderle leche, estaba pensando en sembrar guineo (Comunicación personal).

En la Estrella nacieron los cuatro hijos de don Alfonso y doña Amanda. Luz Marina, Adriana María, Adrián Alonso y Alexandra. No pudieron estudiar porque vivían muy lejos de la escuela de la vereda. La Cascada era una vereda grande dividida en tres sectores: San Pablo, la Travesía y la Cascada. Sin embargo, la luz, la escuela, el alcantarillado y el acueducto estaban en el sector de la cascada. En San Pablo, el sector que habitaba la familia de don Alfonso junto a otras cincuenta familias, no había nada.

A mediados de los 80 nos rebelamos y logramos alinderar una vereda: delimitamos una zona con 26 viviendas, le pusimos el nombre de la quebrada San Pablo que pasaba cerca, creamos la Junta de Acción Comunal, mandamos papeles y nos la aceptaron. Entonces, hicimos convites y construimos la escuela. Ahora solo hay 5 niños en la escuela, ya no hay gente en el campo.

Este proceso lo viví con un compañero que se llamaba Heriberto López, entre los dos y con los vecinos sacamos las cosas adelante. Desafortunadamente por cuestiones de celos políticos y roces entre veredas mataron a Heriberto. Era el año 95. Yo no sé a mí porque no me mataron, la gente estaba disgustada porque habíamos dividido el territorio. A mí me han amenazado 3 veces, y aquí estoy contando el cuento, yo no sé por qué (Comunicación personal).

En el 95 se formó la Asociación Agropecuaria de Caramanta como una organización convencional. Su horizonte tiene dos enfoques, el primero, un proceso de formación que básicamente proporciona a la comunidad campesina conocimiento de: su territorio, las lógicas productivas a las que están sometidos, las alternativas de producción que pueden implementar como colectivo y los procesos de participación ciudadana que les permitirán ingerir en las

decisiones que los afectan.

El segundo, un enfoque productivo que está dirigido a mejorar el proceso de soberanía alimentaria. Para esto se han valido de estrategias como la implementación de un fondo rotatorio, la construcción de un trapiche comunitario, la diversificación de semillas, cuyo producto insignia es el cardamomo, la participación del campesinado en todos los eslabones de la cadena productiva: siembra, cosecha, elaboración, empaque y comercialización, y la producción agroecológica de todos sus productos.

En el 2000 los muchachos se fueron de la casa y desde esa época empezó a cambiar la vida de nosotros, empezamos a tener diferencias con ese modelo productivo que nos habían impuesto. Nosotros hacíamos parte de ASAP, Asociación Agropecuaria de Caramanta, que se había creado en 1995 como una organización convencional enfocada a la compra de leche. En el 2001 vimos la necesidad de dar un giro hacia nuevas formas productivas que diversificaran la economía local y fueran amigables con el medio ambiente. Nuestro primer logro fue frenar la compra de tierras que después serían utilizadas para explotación minera. Y así empezamos un proceso para volver a la caficultura orgánica y a la autonomía alimentaria.

Yo comencé el proceso agroecológico con desconfianza, creí que era otra mentira como la de la Federación. Entonces Herman, que fue un alcalde que logramos montar en el 2000, me envió a una finca a Rio Sucio. Ahí me di cuenta que la agroecología era volver a tener comida en las casas, la cebolla, los huevos, volver a tener sombríos en los cafetales, no depender de los insumos químicos ni de los créditos de los bancos. En fin, el proceso que yo había vivido con mis papás. Desde ahí tomé la decisión de no volver a comprar abonos y empecé a sembrar otras cosas en la casa (Comunicación personal).

Los últimos años de la vida de Don Alfonso han transcurrido entre ASAP y su finca, se ha entregado enteramente a la defensa del territorio y a la construcción de la autonomía alimentaria.

Un día mío ahora es muy difícil, muy complicado, no debería decirlo para que no suene tan feo, pero es enredadita la vida mía. Tengo muchos compromisos con ASAP y me quedé solo con mi señora y la finquita. Cuando me quedo en la casa trabajo como loco para poder recuperar lo que no he hecho en otros días y cuando tengo un compromiso me toca salir en

pura carrera, madrugado (Comunicación personal).

En pura carrera, madrugado, vive Don Alfonso; en pura carrera, madrugado, defiende el territorio.

6.3 El Mango

En la espesura de cedros, nogales y guamos está la vereda La Mirla. Su nombre hace alusión al ejemplar femenino del mirlo, también llamado mayo por la particularidad de su canto en este mes. Según don Conrado, el pájaro que canta más lindo después del turpial. Entre el tupido verde, asoma la finca repleta de flores: El Mango.

Hace 5 años don Conrado vive aquí con su familia, desde allí nos contó su historia. Estas eran las tierras de sus abuelos, 12 cuadras de tierra en las que sembraban yuca, plátano y maíz. Tenían vacas y unos terneros que domaban para bajar al pueblo en ellos. Como en bestia, pero en ternero.

Cuando amansaban los terneros les decían bueyes, esos eran los tractores de la época, pero no de gasolina, sino de fuerza. Los bueyes son tractores especiales para terreno pendiente, los animales son muy entendidos y se adaptan, cuando arábamos en loma con ellos, el de adelante se ponían en rodillas para poder subir. Como le decía, el abuelo montaba el plátano, la yuca y el café encima de un ternero de esos y se bajaba pa el pueblo a vender la cosecha, y también en ellos traía el mercado pa' los vecinos (Comunicación personal).

Su abuela fumaba y doblaba tabaco, una actividad prohibida para la época. De ella recuerda que hacía jabón de tierra, con aguacate, cebo de res y lejía, el residuo más delgado de la ceniza. También recuerda las comidas, frijoles y sancocho con coles, yuyo, helecho, copos de sidra, ayuama, cogollos de iraca y cilantro de sabana. Una variedad gastronómica casi desconocida para nuestra generación.

“Una comida muy rica, mucha abundancia, lo que no hay ahora” (Comunicación personal).

Cuatro generaciones de la familia Duque han trabajado bajo una forma semi-feudal de explotación campesina: la aparcería. En este sistema, como en el feudo, hay un señor que es dueño de una gran finca, La Carolina, esa finca es prestada por lotes a las familias campesinas para cultivar y procesar caña, a cambio, los aparceros deben darle un porcentaje de su producción al señor.

“Esto está muy duro, si salen 20 pares de panela, por ejemplo, nos toca dejarle 13 al dueño, porque nos están cobrando el empaquetado y la procesada” (Comunicación personal).

El padre y los tíos de don Conrado no estudiaron, no había escuelas en su época, y a los niños les pagaban un profesor para que fuera unas horas y les enseñara en casa, el que más estudió, llegó hasta tercero. Don Conrado sí pudo ir a la escuela, a la de Nudillales, porque en La Mirla no había.

Estudiaba en jornada doble, de 8:00 a.m. a 11:00 a.m., y de 1:00 p.m. a 4:00 p.m., con un receso para volver a casa a almorzar. Receso es mucho decir, pues el camino era de una hora y había que cruzar una quebrada. Por tal razón, solo los niños mayores de 9 podían asistir a la escuela. Todos los niños se dividían en filas por cursos, los de primero a en una fila, los de primero b en otra y así, sucesivamente.

“Yo recuerdo que había estudiantes de hasta 17 años en primero, no era porque no aprendieran, sino porque en ese tiempo era muy difícil ir a estudiar, entonces los mandaban ya grandes. Yo estudié hasta segundo” (Comunicación personal).

Desde los 14 años don Conrado empezó a involucrarse en procesos comunitarios para mejorar las condiciones de vida de su vereda. En la Mirla había para ese entonces unas 150 personas. Con otros jóvenes campesinos don Conrado formó un grupo de teatro para recoger fondos.

Nosotros íbamos a Nudillales a pedir fondos para La Mirla, pero en esa época se manejaba la politiquería, y allá eran liberales, entonces a nosotros no nos daban nada que porque acá había mucho conservador. Nosotros no teníamos carretera y tocaba caminar hasta el pueblo, o bajar en ternero como el abuelo, tampoco había escuela, ni luz eléctrica. Mi abuela alumbraba con lámparas de petróleo, o higuierilla, una rama que da unos mechones en cadena, las velas no eran de parafina sino de cebo de res (Comunicación personal).

Con el grupo de teatro montaban sainetes, una obra de teatro jocosa y de carácter popular que presentaban en las casas de la vereda, la gente pagaba por ello. También hacían reinados, fiestas, rifas o cantarillas, y bajaban al pueblo a repartir insignias, una cinta de color doblada en forma de cruz, que se ponía con un alfiler en la camisa de los transeúntes a cambio de una moneda. Así consiguieron la escuela, la carretera y la energía eléctrica.

Nosotros como tal nacimos como una organización pro-carretera, bajamos al Municipio y solicitamos la vía, pero nos dijeron que teníamos que formar una junta de acción comunal, apenas la registramos, nos dijeron que teníamos que tener una escuela, la construimos, y entonces nos dieron la vía. Como al revés ¿no cierto? Tener que bajar los materiales de la escuela al hombro y a lomo de mula para que un año después nos pusieran la carretera (Comunicación personal).

El trabajo comunitario le gestó un espacio de reconocimiento en su vereda, cuando tenía 20 años, el Municipio abrió una convocatoria para promotores de salud. Don Conrado fue nominado con otros 5 campesinos de Nudillales y La Mirla. Sus compañeros eran bachilleres y habían estado en el ejército, mientras que sus compañeras tenían hasta grado quinto. Él seguía con su segundo. Entonces le dijeron que para ser promotor tenía que tener mínimo quinto.

Yo le escribí una carta al secretario de educación, y él como que me vio la ortografía y todo y me mandó para donde un profesor, el cual me dijo, mire, haga estas preguntas y miramos cómo le va, yo las respondí y me dieron el quinto. Entonces pude viajar a Caldas con los compañeros a presentar el examen, saqué el mejor puntaje (Comunicación personal).

Don Conrado recuerda con gratitud sus días como promotor de la salud, viajaba a todos los rincones del municipio. La farmacia, la odontología, la medicina occidental y la tradicional tocaban la puerta de cada familia a través de él y sus compañeros. Con ese trabajo pudo conocer su territorio, la gente que lo habitaba, su pensamiento político y religioso.

La gente pensaba, por ejemplo, que los indígenas del resguardo vivían en rancho y comían todo lo que hubiera en el monte, pero no, ellos acá tenían casas normales, lo único es que las hacían más altas, porque no les gustaban los sapos. Ellos los mataban, los colgaban de un palo y les sacaban el veneno para cazar, entonces pensaban que por las noches podían subírseles a la cama. Como promotor en salud logré ver el municipio de otra forma, yo iba de casa en casa y veía las diferencias, familias que no tenían nada, otras que más o menos y algunas que tenían mucho. Y veía una gente muy mal económicamente, pero feliz, con una casita de tierra, se tomaban cualquier agua panelita y lo que tenían lo ofrecían, veía uno lo que decían los abuelos: dad de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo y posada al peregrino (Comunicación personal).

Además de la junta de acción comunal y su experiencia como promotor de la salud, don Conrado siguió participando de otros procesos organizativos, recuerda con cariño la Asociación Nacional de Usuarios Campesino ANUC, su experiencia allí le permitió encontrarse con habitantes de otras regiones campesinas para intercambiar saberes sobre el trabajo de la tierra y los procesos organizativos.

Con estos conocimientos y ante las reiteradas crisis del café y el cacao, 14 familias de La Mirla se organizaron en un trapiche comunitario, La Asociación Agroindustrial Panelera La Mirla nació en 2009. Don Conrado tiene un recuerdo agridulce al respecto.

Uno se encariña con los procesos colectivos, se emociona, y empieza a dejar un poco olvidada su familia y sus propias cosas. Tristemente, muchas veces los campesinos no estamos preparados para trabajar en comunidad, unos sí y otros no, pero hay una parte de nosotros que fue formada desde el individualismo y la competencia, y eso sale a flote en estas experiencias (Comunicación personal).

Estos sinsabores llevaron a don Conrado a abandonar la administración del trapiche y la Junta de Acción Comunal. Decidió enfocarse en procesos organizativos por la defensa del territorio y la agroecología, entre ellos, el Colectivo de Defensa del Territorio de Támesis, CODEATE, el Cinturón Occidental Ambiental, COA, y el Diplomado Agroecológico.

“La agroecología es meternos en la ciencia de lo que es la sostenibilidad de un ecosistema, el agua, el suelo, la flora, la fauna, y la intervención del ser humano en ellos, que es muy compleja” (Comunicación personal).

Para ilustrar, don Conrado comenta que, por ejemplo, para los campesinos es muy importante conocer el cielo.

El cielo es uno en creencias, pero si entendemos qué es lo que hay arriba, si sabemos leer las estrellas, la luna y el sol, vamos a poder trabajar la tierra. Por ejemplo, nosotros tenemos que saber cuándo es menguante y cuándo es creciente. En creciente se deben sembrar las plantas con follaje, el cilantro, la cebolla, las acelgas. En menguante se deben sembrar las plantas con frutos, como el maíz, el frijol y los árboles frutales, para que en vez de estirarse sean más tupidas. Si usted siembra el maíz en creciente se le va a levantar mucho y el viento le va a tumbar los frutos.

A través de la práctica, nuestros campesinos han comprendido que la posición de la luna con respecto a la tierra influye sobre la gravedad y la ubicación del agua en los vegetales. También han entendido que el sol, y los movimientos de la tierra, son determinantes para comprender el clima y adaptarlo a nuestras necesidades productivas.

El sol siempre cambia, en enero sale más hacia el suroriente, y en fin de año está más tirado hacia el nororiente, igual pasa con la puesta del sol. También está la época de los días largos y los días cortos. En los días largos, después de junio, el sol sale a las 6 de la mañana y se esconde a las 6 de la tarde. Los días cortos son después de enero, y el sol sale después de las 6 de la mañana y se esconde antes (Comunicación personal).

Don Conrado comprende, a pesar de que no use nombres científicos, que la tierra se mueve 23.5 grados sobre su eje, y que, en este balanceo, se acerca y se aleja del sol marcando posiciones que influyen en el clima. En el equinoccio de marzo 23, el sol está sobre el Ecuador geográfico y en Colombia finaliza la sequía más grande del año para dar inicio al primer periodo anual de lluvias. El solsticio de junio 21, por su parte, marca la máxima acumulación de energía en el hemisferio norte, en nuestro país se dice que en este mes comienza el verano. En el equinoccio de septiembre 23, otra vez está el sol sobre el ecuador y nuevamente inicia una temporada fría. Finalmente, en el solsticio de diciembre 21, el sol alumbrá con más fuerza el hemisferio sur y en Colombia finaliza un periodo de lluvias e inicia uno de sequía. Este régimen bimodal está perfectamente interiorizado en nuestras comunidades campesinas:

Acá a finales de diciembre, en enero y febrero hay verano, en marzo, abril y mayo hay lluvias, en junio, julio y agosto hay de nuevo sequía, y en octubre, noviembre y comienzos de diciembre nuevamente hace invierno. Según ese clima nosotros cultivamos, por ejemplo, para sembrar maíz y frijol, en enero y febrero se hace la rocería y se deshierba, en marzo y abril, que cae la lluvia, se siembran las semillas, y ya en agosto se está recogiendo. Eso varía según las necesidades climáticas de cada cultivo. Por ejemplo, la caña necesita sol y sombra en distintas temporadas del año, entonces uno le hace penumbra, le siembra un cedro o un yarumo al lado, porque estos son árboles que en cierta época botan las hojas, entonces cuando el árbol está sin hojas a la caña le llega el sol, y cuando está tupido, tiene sombra (Comunicación personal).

Y esto hace parte de la identidad de las comunidades agrícolas, así lo narraba Guillermo Castaño Arcila en un encuentro del Diplomado Agroecológico de Támesis:

Diosa, una campesina de la cuenca del Otún, decía que el sol nace en el nevado del Tolima y se viene despacito hasta que el 21 de junio está al frente de las tetas de María, dos cerros que se ven desde su vereda, ahí toma leche, y llenito se va devolviendo. Historias así son resultado de la observación y la sabiduría que hemos heredado de hace muchos años. Así como los Incas usaban la INTIHUATANA para saber qué hora era y en qué periodo estaban, nosotros aún nos basamos en el comportamiento de los astros para trabajar la tierra y producir alimentos (Comunicación personal).

Con sencillas palabras, derivadas de su observación de la naturaleza, de la lecturaleza, como coinciden en llamarla algunos académicos que participaron de los encuentros del diplomado, don Conrado describe procesos científicos que la humanidad ha tardado siglos en descubrir y que incluso hoy, para nosotros mismos, son complejos de entender. Él lo aprendió de sus abuelos en esa interminable espiral de conocimiento ancestral que ha sido transmitido de generación en generación por las comunidades agrícolas.

Mis abuelos observaban el cielo, ellos nos decían, el tiempo de sequía es tal y el tiempo de invierno es tal, el corte de madera se hace en la pérdida de la luna, la siembra se hace en menguante, para ellos eso era sagrado, y así nos lo enseñaron (Comunicación personal).

Esa sabiduría milenaria es, precisamente, la que la agroecología propone recoger como estrategia de producción sustentable, más allá de esto, como mecanismo de defensa del territorio y de permanencia de las comunidades indígenas, campesinas y afros en él.

6.4 Santa Ana

Dora Hincapié Restrepo nació en Támesis, Antioquia, es hija de Jorge y Ana Judy, y la mayor de una familia de 7 hermanos. En 1968, Santa Ana no era una finca, al menos no una normal, cuando Dora y su familia llegaron todo era rastrojo y serpientes. El terreno, adquirido por su abuelo en 1927, era utilizado como sitio de paso para el ganado y las bestias en los días de feria.

Don Jorge fue un padre querendón, pero en su punto, con mucho mando. Doña Ana, pequeña y delgadita, pero con el doble de carácter, amasada en rebeldía. Ambos eran campesinos

y amaban trabajar la tierra. La infancia de Dora transcurrió entre la escuela, los juegos y la finca:

“A las cuatro y media de la mañana nos levantaban a todos, porque éramos tres grandes, y había tres destinos que hacer: moler el maíz para hacer las arepas, lavar los corrales de los cerdos y regar las matas” (Comunicación personal).

Las tareas matutinas darían paso a una doble jornada escolar, en la que se regresaba a casa a la hora del almuerzo y se retornaba a las aulas hasta las 5 de la tarde. Renglón seguido, los juegos y el descanso.

“Para ese entonces nosotros éramos los únicos niños que llegábamos a jugar a la casa, los otros llegaban a trabajar” (Comunicación personal).

De su madre, Dora heredó la rebeldía, su juventud transcurrió entre la calle y el baile, desde entonces, empezó su lucha contra los cánones morales de una sociedad anclada en el machismo. ¿Volver a casa antes de 9 es de señoritas? No para Dora. El baile, bien merecía la pela.

Impulsada por un corazón libertario, Dora viajó a Medellín a terminar su bachillerato. Con 22 años y sin saber qué estudiar, conoció la psicología social y se enamoró de ella. Para ese entonces ya tenía dos hijas. Su vida profesional transcurrió en medio del trabajo comunitario, de los callejones de Manrique a las Selvas de Chocó, de las comunidades trans a los desplazados.

De esta experiencia aprendió Dora el doble filo del asistencialismo institucional, los programas sociales y psicológicos, que devolvían un poco de dignidad y autodeterminación a las comunidades, fueron rápidamente reemplazados por la entrega de un mercado, elemento que profundizó las lógicas de dependencia y vulnerabilidad.

30 años de su vida transcurrieron en Medellín, donde se especializó, como ella dice, en trabajo de calle. Entre tanto, Santa Ana era un suspiro en el caos de la ciudad, unos municipios antes de llegar, sentía Dora el olor a madre. No presentía aún el oscuro atardecer que la esperaba en casa. Por esos años, el mayor de los hermanos trabajaba en Guaviare, con el Ministerio de Transporte, allí, fue testigo de la masacre de Mapiripán.

Entre el 15 y el 20 de julio de 1997, más de doscientos hombres armados arribaron al municipio del Meta, eran las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, bajo el mando de Carlos Castaño. Tras sus pasos, una estela de horror y sangre; con lista negra en mano capturaron,

torturaron y desmembraron a todo aquel que, según ellos, estuviese relacionado con la guerrilla. El ejército solo arribó hasta el 23 de julio para informar que no encontró perturbación del orden público ni elementos sospechosos en la zona. 49 personas fueron brutalmente asesinadas en Mapiripán, cientos más, tuvieron que desplazarse.

El hermano de Dora, que vio todo, fue amenazado de muerte si contaba algo. El terror de los hechos le impidió callar, la impunidad de los canallas era tan o más atroz que sus actos. Relató la historia a una revista de la época llamada Cambio 16. Carlos Castaño sentenció su muerte, tres días después fue asesinado.

Este suceso no fue un caso aislado y excepcional en el panorama social colombiano de los noventa y los dos mil. Como relata Vega Cantor, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, a miles de comunidades originarias les fueron arrebatadas sus tierras, ríos y bosques. 6 millones de hectáreas, expropiadas violentamente a los pobladores del campo, han pasado a manos de empresarios capitalistas, narco-paramilitares y multinacionales. Entre tanto, Colombia ocupa el primer lugar del mundo en cuanto a desplazados internos, la mayor parte campesinos e indígenas.

La muerte del hermano de Dora, más que un ajuste de cuentas, constituyó la reafirmación de un hecho fatídico en la historia colombiana, la concentración de tierras en manos de muy pocos terratenientes, un proceso continuo de expropiación violenta a los campesinos por parte de las clases dominantes.

De vuelta en Santa Ana. Tras el hermano de Dora murió don Jorge, su padre. La muerte de su hijo le ocasionó un autismo leve, desde entonces, y según su familia, simplemente le dolía vivir. Finalmente, también falleció. A Dora, mientras tanto, ya le pesaba el trabajo en la ciudad. Un día, mientras se dirigía a su jornada laboral, vio pasar un bus de Támesis, se montó y se fue. El arrebato y el ímpetu con que partió de las montañas la traían de vuelta al encuentro con sus ancestros.

Instalada en Santa Ana, decidió quedarse y manejar la finca. Una vez más, Dora estaba cara a cara con el machismo.

En una ocasión me resbalé con una mata de plátano y ninguno de los trabajadores me ayudó a parar, luego me enteré que tenían una apuesta, que yo no duraba ni un mes en Santa Ana, y si me daban la mano, pues perdían la apuesta. La gente decía, esa vieja va a quebrar la familia, y encima de todo loca. Yo iba a comprar los insumos y me decían ¿por qué no

vienen sus hermanos? Porque es conmigo, respondía yo, a lo que ellos decían, no, nosotros estamos acostumbrados a negociar con ellos. Con los trabajadores también fue muy duro, ellos si querían trabajar con las mujeres en el corte, pero no que una mujer los mandara (Comunicación personal).

Cuando regresó, en Santa Ana se sembraba de modo convencional, es decir, con el modelo implementado por la Revolución verde. Dora recuerda el boom de este proceso, corrían los 70.

Los señores de la Federación Cafetera decían que ahora sí se le había aparecido la virgen a los campesinos, que el montañero iba dejar de ser feo, pobre y maluco, porque había un abono nuevo que hacía llover café. Entonces ya la boñiga no era, la gallinaza no era, ya no había que recoger la pulpa para hacer abonos y compost, ya era la urea y los productos más finos, que producían más (Comunicación personal).

La propuesta de la Federación fue que los campesinos tumbaran todo lo que tenían y sembraran café con un paquete de semillas, abonos y pesticidas químicos que ellos vendían, los préstamos bancarios también estaban listos para adquirir el paquete.

Ellos llegaron a decir: al cultivo hay que quitarle el plátano, hay que quitarle la yuca, hay que quitarle el maíz, que no sea sino café, porque como el café se vende en dólares usted va a tener plata de sobra para comprar lo que necesite; pa qué va a tener unas gallinas ahí cacaraqueando y poniendo rilas, si puede comprar los huevos. Nosotros éramos productores, y nos convirtieron en consumidores (Comunicación personal).

La misma Federación compraría luego sus cosechas para que, con ese dinero, le pagaran al banco. Todo parecía perfecto. Lo que no se incluyó en el paquete fueron las inclemencias del clima, los desastres naturales, las plagas y todas las adversidades cotidianas en el bregar campesino:

Si no pagabas las cuotas del banco, simplemente te remataban la finca. Muchas veces, vi familias campesinas desbaratar sus camas para secar café ante las fuertes lluvias. Al vender la cosecha, la Federación pagaba a los campesinos menos del precio habitual porque, según ellos, no era óptimo: que el cisco está manchado, hay que bajarle; que huele maluco, hay que bajarle; está muy pequeño el grano, hay que bajarle. Así, con el precio de su producto devaluado, el campesino siempre quedaba debiéndole al banco y no alcanzaba a pagar con su cosecha. Eso era un desarraigo, un desarraigo político (Comunicación personal).

En Támesis advino lo que Dora denominó una epidemia social:

Los caficultores de media petaca, la gente que tenía finquita, caballos y vaquitas, los papás de esas familias se fueron suicidando porque no eran capaz de pagarle al banco y perdían sus fincas. Acá en Támesis recuerdo al menos 7 señores que se suicidaron por las deudas con el banco (Comunicación personal).

Una arista de la expropiación de tierras a comunidades pobres por parte de las clases dominantes tuvo lugar en el anterior proceso, no violento quizá, pero, a todas luces, coercitivo y desventajoso para los campesinos.

En el 2008 el precio del café se vino a piso, lo que la Federación pagaba por la cosecha no cubría los costos de producción, en Santa Ana la crisis impedía mantener el ritmo:

“Yo tenía nóminas semanales de cinco millones, se llegaba un domingo y yo no tenía plata pa’ traer la panela pa’ la casa. Yo lloré toda una semana porque no iba a ser capaz de seguir trabajando” (Comunicación personal).

Entonces recordó Dora su trabajo en Medellín, el asistencialismo, pero también las comunidades y procesos que luchaban por la autonomía. Entre ellos, varios proyectos vascos que, tiempo atrás, le hablaron de la agroecología.

La agricultura convencional, es la que nos vendieron con la revolución verde, el paquete tecnológico y producir en grandes cantidades, pero pensando en exportar y no en la alimentación de la familia.

La agricultura orgánica, no permite utilizar químicos pesados, como las ureas, el glifosato y todos sus derivados. Tampoco los herbicidas, que, al matar el rastrojo, elimina grandes comunidades de insectos, de reptiles, gusanos y ecosistemas más pequeños. Lo que sí permite la agricultura orgánica es el empleo de sulfatos, es decir, las especies menores, los minerales que necesita el suelo. Estos sulfatos no se utilizan pensando en la producción, sino en que la tierra esté viva, porque la que da frutos no es la planta, es un suelo en buenas condiciones. Entonces uno analiza el suelo y dice, bueno, acá hay mucho aluminio que no permite que el potasio se fije, entonces hay que acondicionarle calcio. Pero uno está pensando en el equilibrio del suelo y no en la ganancia.

Por último, la agroecología es donde utilizamos lo que en algún momento nos dijeron que era desecho, el follaje, la yerba seca, la piedra arenosa. Yo recuerdo que cuando yo era muchacha la gente se burlaba y decía, no pues en la finca de los Hincapié ¿qué van a sembrar? si eso es pura piedra. Entonces un señor me dijo, no se preocupe que ellos quisieran tener la tierra tan nutrida y abonada como la tienen ustedes, a lo que yo pregunté ¿Por qué? si la tierra no es abono, él me respondió que la piedra, en verano, bota una capa blanca, y en invierno, bota una agua verde y negra, esos son los nutrientes, son los minerales que va bajando de la piedra a nutrir el suelo (Comunicación personal).

La transición en Santa Ana fue lenta pero segura.

“Eso daba para el chiste, que no era café sino lentejas. Yo seguí cargando abonos, haciendo abonos e intentando muchas cosas que acá no se conocían” (Comunicación personal).

Cuando todo parecía florecer, nuevos emisarios del desarrollo hicieron su aparición:

Por acá empezaron a sobrevolar unos helicópteros, camionetas blancas pasaban a mil por las casas, también unas motos de alto cilindraje que nunca habíamos visto. Unos hombres elegantes caminaban muy duro y se reían muy duro. Era como una cosa de poder y todos nos asustamos, nadie sabía qué pasaba. Pero como yo siempre he sido metida y me gustaban las cantinas, escuché el rumor: “es que hay oro y van a tumbar la montaña para sacarlo”. Todo parecía indicar que sí, porque estos señores tenían violencia hasta para caminar (Comunicación personal).

Desde 2010, en la cuchilla en que se unen Támesis y Jericó, la empresa sudafricana Anglo Gold Ashanti, planea extraer oro, plata y cobre a través del proyecto Quebradona. Desde entonces Doña Judy se asomaba todas las mañanas al corredor florido y miraba hacia Cristo Rey “yo me voy a morir de pena moral el día que no vea la montaña”.

Después de mucho divagar, muchas noches, mucho trasnocho, mucho café, llegamos a la conclusión de que debíamos potencializar lo que teníamos, nosotros no podíamos empezar a quemar buses, no, esa no era la forma como nosotros íbamos a defender el territorio. La forma cómo íbamos a defender el territorio era potencializando lo que teníamos ¿Qué teníamos? Cuatro climas térmicos y por ende cuatro geografías humanas distintas, una gran variedad de fauna y flora, mucho recurso hídrico, mucho conocimiento ancestral, los

resguardos indígenas, toda esa tradición campesina, toda esa gastronomía... Entonces a eso nos le pegamos. Empezamos a identificarnos y a encontrarnos, nos encontrábamos porque, ahora, teníamos cosas en común (Comunicación personal).

Mientras conversamos, Dora revuelve unas semillas y nos habla de su importancia para la diversidad alimentaria y la soberanía de los pueblos.

“Un tercio de la semilla es para alimentación, un tercio para conservar y un tercio para truequear” (Comunicación personal).

Juntas, recordamos los encuentros del diplomado y las palabras del profesor Guillermo Castaño Arcila:

La semilla es el acumulado histórico de la relación de la planta con el clima, de la relación de la planta con el suelo. Por más pequeña que sea, en la semilla hay información guardada durante milenios. Y los viejos sabían que había que conservar la semilla, ellos no andaban con una mula cargada de semillas, llevaban un carriel o una mochila, y ahí tenían 30 o 40 semillas de frijol y maíz. Entonces las aclimataron, sembraron la semilla, miraron cual fue la que reventó primero, cómo floreció, escogieron las mejores y las conservaron. ¿Y para qué? Mire lo que pasa.

En el Centro Internacional de Agricultura Tropical, CIAT, de Palmira, hay 36 mil acepciones de frijoles ¿Quiénes las propiciaron? los campesinos, los pueblos originarios, los afrodescendientes. y usted sabe ¿De quién es el CIAT? de la fundación Ford, la fundación Rockefeller y la fundación Kellogs, esos son los dueños, y ahí tienen nuestras semillas. La base de nuestra soberanía. Lo que estamos planteando es que recuperemos los ámbitos del saber campesino, también las semillas y la autonomía de nuestras comunidades (Comunicación personal).

Paulatinamente, el proceso agroecológico que Dora impulsó en Santa Ana, encontró ecos e identidades en sus hermanos campesinos, más aún, pasó a convertirse en una estrategia de defensa del territorio ante la amenaza minera. Dora es escuela y espuela, es una mujer campesina a carta cabal, los procesos de resistencia campesina del suroeste antioqueño tienen en ella una matriarca, con toda la sabiduría y el arraigo.

7. Referencias bibliográficas

- Alcaldía de Támesis. (2012). *Plan de Desarrollo Municipal*.
- Altieri, M. (s.f.) *Principios y estrategias para diseñar una agricultura que conserva recursos naturales y asegura la soberanía alimentaria*.
- Álvarez, Camacho et al. (2016). *Métodos básicos en la Investigación Cualitativa*.
- Caracol Tv. (2019). *Colapso de dique en Brasil*. <https://noticias.caracoltv.com/mundo/colapso-de-dique-en-brasil-posibilidad-de-hallar-vivos-a-los-150-desaparecidos-es-minima>
- Castaño (2017). *Manual agroecológico CERB*. Universidad Tecnológica de Pereira.
- Castro Juan (2014). Plan para el desarrollo minero y política del despojo. *Revista Semillas*. <https://semillas.org.co/es/plan-para-el-desarrollo-minero-y-pol>
- Cecon, Elian (2008). *Revolución verde: tragedia en dos actos*. <https://www.redalyc.org/pdf/644/64411463004.pdf>
- CINEP (2012). *Minería, conflictos sociales y violación de derechos humanos en Colombia*. [Recurso Virtual].
- COA - Cinturón Occidental Ambiental (2015). *Resistencias en el territorio*.
- Comfama (2020) *Resumen Ejecutivo. Análisis de efectos del proyecto minero Quebradona* (Basados en el EIA radicado ante la ANLA). <https://serviciosenlinea.comfama.com/proyectosuroeste/Resumen-ejecutivo-Analisis-de-efecto-del-proyecto-minero-Quebradona.pdf>
- Contraloría General de la Nación (2013). *Cómo superar el modelo extractivista: Minería en Colombia*. Bogotá. <https://redjusticiaambientalcolombia.files.wordpress.com/2013/05/mineria-en-colombia-fundamentos-para-superar-el-modelo-extractivista2013.pdf>
- Contravía (2011). *La locomotora minera en Colombia*. https://www.youtube.com/watch?v=n14sBs_RmaI

Emerik Multimedia (2012). [Pepita Perez] *Oro Maldito* [Archivo de Video].

Grisales Daniel. Aplanadora Minera a toda Marcha. En *Kavilando Revista*. Medellín (2012).
<https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/149/130>

Gutiérrez Luis. (2017). *¡Que brille el oro!, pero bajo las montañas. Desde abajo*. [Recurso virtual].

Iñiguiz. (2008). *Métodos básicos en la investigación de ciencias sociales*.
https://www.uv.mx/dgdaie/files/2013/02/zEntrevista_grupal.pdf

Maya Taborda, María. (2016). *Los usos políticos de la identidad en Támesis y Buriticá, Antioquia, Colombia. Respuesta local a un proyecto extractivo estatal, 2010-2015*. [Tesis de Grado, Universidad de Antioquia]. Medellín.
https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/26029/1/Mar%C3%ADaMaya_Usos%20pol%C3%ADticos%20identidad.pdf

Monje A. Carlos. (2011). *Metodología de la investigación cuantitativa y cualitativa*. Neiva.

Population City (S.F.). *Población Támesis*.

Ramos, G. Carlos. (2015) *Los paradigmas de la investigación científica*.

Semana (2018). Demanda de Eco Oro contra Colombia por delimitación de Santurban. [Artículo de revista]. <https://www.semana.com/medio-ambiente/articulo/demanda-de-eco-oro-contra-colombia-por-delimitacion-de-santurban/41874/>

Universidad de Jaen. (S: F). La entrevista en la investigación cualitativa. Recuperado:

Vélez, Juan Carlos. (2002). *Los pueblos allende el río Cauca: La formación del suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia, 1830-1875*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.